

COMUNIÓN, CUIDADO Y RECONSTRUCCIÓN: LA CONTRIBUCIÓN DE LA IGLESIA DE MADRID¹

La crisis del coronavirus nos impone un proceso de discernimiento en un espíritu de diálogo y búsqueda común con el conjunto de la sociedad. La Iglesia tiene en esta crisis una gran oportunidad para trabajar por la dignidad de la persona, ayudando a reconstruir una sociedad dañada por el dolor y el sufrimiento y también a construir una sociedad más justa y solidaria, en la que prevalezca la búsqueda del bien común.

La Iglesia de Madrid ha creado un amplio panel de trabajo para dar una respuesta a los efectos de la pandemia. Hay grupos trabajando sobre los servicios sociales, la política o la cultura. Este grupo aborda el conjunto general del resto de cuestiones. En este documento abordamos algunos aspectos que nos merecen más relieve y proponemos una amplia batería de propuestas concretas, que quiere ofrecer ideas prácticas para dar una respuesta integral ante el desafío histórico en el que nos hallamos. Algunas de las propuestas implican la organización de algún evento o la activación de procesos; otras apuntan más a actitudes fundamentales que considerados dignas de tenerse en cuenta. Las ofrecemos como posibles itinerarios o como sugerencia de buenas prácticas; no como plan sistemático que haya que cumplir. Y lo hacemos con el deseo de establecer una sintonía profunda con el impulso evangelizador de la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* del papa Francisco. La pandemia con sus duros efectos crea la ocasión y da el empujón, pero el marco y el modo de proceder queremos que lo ponga la “conversión misionera” a la que nos convoca el sucesor de Pedro.

El objeto de nuestra reflexión es el territorio de la Archidiócesis de Madrid, pero evidentemente hay dinámicas que implican a este espacio que son de carácter regional, nacional, europeo e internacional. Por ejemplo, el papa Francisco ha señalado la importancia de reforzar el europeísmo y eso es algo que debe ser también parte de la respuesta que articulemos en la Iglesia de Madrid. A ese respecto, también debemos hacer propuestas que deban ser implementadas en Madrid, aunque su ámbito de influencia sea mayor.

A. La necesidad de una reconstrucción profunda e integral

Las crisis ponen de manifiesto cómo somos en realidad y esa contemplación nos da claridad, sobre todo cuando es una experiencia tan súbita, profunda y breve como la que ha golpeado colectivamente nuestra salud. Esas circunstancias sacan lo mejor de la gente, ha habido hechos que han puesto de manifiesto la grandeza humana y nos muestra cuáles son las fortalezas sobre las que poder apoyarnos. También dejan ver algunas expresiones de lo peor y señala, por tanto, lo que a toda costa debemos evitar o superar. En este caso, en las condiciones de confinamiento en que se ha encontrado la inmensa mayoría de la población y por la especial gravedad donde las personas se jugaban vida, ha tenido un

¹ Este documento ha sido elaborado por un grupo formado, en orden alfabético, por Irene Arrimadas (Escuelas Católicas), José Carlos Bermejo (Fund. Humanizar), Juan Carlos Carvajal (U. San Dámaso), Guillermo Fernández Maíllo (FOESSA-Caritas), Pedro José Gómez (UCM), Teresa López (UCM), Pablo Martínez Anguita (URJC), Federico Montalvo (Comillas, Comité de Bioética de España), Sebastián Mora (Comillas), Elena Postigo (UFV), María Solano (CEU) y Fernando Vidal (Comillas), bajo la coordinación de Julio Martínez, SJ.

impacto especialmente hondo. Todo lo vivido está cargado de dramatismo y aún sigue activa una espiral de destrucción.

Estamos viviendo una situación singular como humanidad. Una situación excepcional que se ha convertido en un fenómeno totalizante. La pandemia tiene forma de vórtice alrededor del cual se han movilizad todas las estructuras, contradicciones y potencias de este mundo: todo se ha visto afectado y reorientado por esta enfermedad mundial. La pandemia ha acelerado e intensificado las tendencias. La pandemia ha servido de catalizador de tendencias que, en mayor o menor medida, ya estaban en marcha. Ha afectado desde las experiencias más íntimas y familiares, hasta las relaciones internacionales. Es ampliamente compartido que la pandemia, por su carácter disruptivo, está provocando un cambio de época cuyas características y nuevos desafíos están por discernir. No obstante, podemos ver un eje que va a la raíz de esta nueva época: la reflexividad, la sociedad de riesgo, el informacionalismo, los problemas de confianza, el desarrollo tecnológico o los populismos nos señalan que el problema está en el ser, en qué y quiénes somos como personas y sociedad. Es la propia condición humana y la constitución de personas sostenibles lo que está en cuestión.

Nos enfrentamos pues a una situación de una complejidad y de dimensiones extraordinarias, desconocida hasta ahora, por lo que reflexionar sobre las consecuencias que de ella se pueden derivar nos obliga a una aproximación parcial de una realidad totalmente desconocida y en la que es difícil prever cual será el comportamiento inmediato de muchas de las variables que condicionan dichas consecuencias.

La pandemia ha provocado una masiva destrucción de vidas y tejido económico, además de traumas en la población por las pérdidas, pero, en realidad, la recuperación necesita ser más global porque es el propio sistema el que se ha visto alterado. Esto quiere decir que nos encontramos ante la necesidad de una reconstrucción radical e integral. Incluso en momentos en que la situación de nuestra sociedad requiere tanta atención, solo si tenemos una mirada cosmopolita seremos capaces de encontrar las soluciones. Especialmente debemos tener presente la situación de las personas y lugares más vulnerables del mundo y reforzar nuestra solidaridad con ellos, evitando la posible invisibilidad que pudieran alcanzar en este momento.

En la necesaria reconstrucción encontramos una oportunidad para hacer las reformas que en el pasado no hemos sabido o podido hacer, y que nos van a poner en mejores condiciones para reconstruir. Por otra parte, la pandemia ha puesto en riesgo los cimientos mismos de la civilización y es preciso recimentar, profundizando y fortaleciendo. Nuestra sociedad necesita elevar sus bajos niveles de confianza pública. Según el *Informe Global Edelman 2019* de Confianza, España es el país europeo en el que los ciudadanos tienen menor confianza en las instituciones y el tercero más bajo de Occidente. Es preciso recrear redes, redescubrir valores y regenerar las instituciones.

El papel de la Iglesia católica debe señalar esa profundidad e integralidad de la reconstrucción. El núcleo antropológico de esa reconversión es la dignidad de la persona humana que en algunos aspectos durante la crisis está quedando en cuestión. El bien común parte de la dignidad de cada persona concreta. La covid-19 nos ha hecho sentir profundamente frágiles a cada uno y como sociedad. Es una experiencia sobre la que profundizar el humanismo. La pandemia ha mostrado que somos vulnerables, que somos

interdependientes y que el cuidado debe ser el principio desde el que regenerar la civilización. Podríamos decir que el cuidado constituye una dimensión antropológica constitutiva o esencial de todo ser humano. Debemos ahondar en esta idea madre para dar vida a un humanismo renovado que haga posible la vida allí donde está en mayor riesgo. Son valores y cuestiones de fondo que realmente van a permitir que exista una recuperación. Es precisa una renovación vital de la sociedad, las personas, sus familias y las colectividades en que participen. Esa conversión personal y colectiva solo es posible si trasciende (a) la coyuntura actual para mirar al horizonte; (b) trasciende las disputas superficiales para atender a los problemas de fondo; (c) trasciende lo local y actúa como una única fraternidad universal de todos los seres humanos; (d) trasciende para incluir el cuidado del planeta Tierra y a las generaciones futuras.

Solo un sentido de elevación nos hace superar las crisis auténticamente, haciéndonos mejores de lo que éramos y capaces de garantizar que una crisis de esas características no vuelva a repetirse.

La pandemia ha sido un golpe muy doloroso sobre la vida. Ya han perdido la vida en el mundo cerca de medio millón de personas en todo el mundo, y muchos más han sufrido la enfermedad y ha dejado un rastro de secuelas y traumas. Casi todos hemos sentido la fragilidad de una vida humana que necesita ser especialmente cuidada. La población está indignada con el trato que han recibido miles de personas mayores, personas en situaciones crónicas o personas con enfermedades mentales. Toda la ciudadanía está consternada por cómo la pandemia y su gestión ha impactado en los límites de la vida. Esta experiencia debe llevar a una reconsideración de la vida y su cuidado, muy especialmente en sus límites al comienzo y final. Hemos percibido con claridad con qué facilidad se le resta valor y cómo se somete bajo criterios técnicos que acaban desdibujando el humanismo y compasión que debe preservarse en todo momento. En el contexto de los cambios en política bioética que enfrenta nuestro país, esta experiencia de pandemia debe hacernos reflexionar en una dirección humanista y del cuidado que logre que nunca más la vida humana pierda su valor.

Es la hora de la esperanza. Tras la pandemia y la crisis desatada, es posible que exista un sentimiento de desolación y que la sociedad padezca una situación post-traumática que produzca sentimientos negativos. Quizás se está produciendo un desacople entre el análisis dolido de la situación y las orientaciones al futuro, que todavía no hemos desarrollado. La Iglesia puede ayudar a abrir esos caminos de futuro. Ante todo, la Iglesia quiere alimentar la esperanza y no una esperanza como sentimiento abstracto, sino una esperanza concreta que reconozca y dé valor a todo lo positivo que emerge en la vida de cada persona, familia y la sociedad en su conjunto. Hay que evitar caer en reacciones destructivas y la mera culpabilización colectiva o personalizada, sino sobre todo buscar las enseñanzas éticas que nos pueden ayudar a mejorar. El camino de la vida que el propio Jesús siguió atraviesa todas las dificultades, a veces impregnado de un profundo dolor, pero siempre guiado por la esperanza. Esta catástrofe que estamos padeciendo también es, paradójicamente, una experiencia en la que encontrar bendiciones, Dios ha estado cerca, nunca nos ha dejado.

1. Propuesta concreta: **Carta Pastoral “Reconstrucción”**. Debe publicarse una gran Carta Pastoral de la Iglesia de Madrid al conjunto de la sociedad, que sea el marco y referencia para la Reconstrucción. Sería bueno que estuviera dirigida al conjunto de la sociedad, con

un carácter fraternal y escrita de modo que fuera comprensible para todos, hablando más con el otro que hablando de nosotros mismos.

B. Un mapa para la Reactivación/Reconstrucción

Un mapa de la reconstrucción a medio plazo, incluye prácticamente todas las dimensiones de la sociedad y nos obliga a una capacidad de mirada sistémica, estratégica y también profunda. El cambio principal viene no solo de los contenidos de la reconstrucción, sino del mismo modo de reconstruir. Una reconstrucción que no se sostenga sobre la renovación de cada persona, no será sostenible y tendrá un alcance muy limitado. Una reconstrucción debe movilizar a su sociedad civil para que cale en la gente, active sus fuerzas más creativas y genere una sociedad resiliente. Una reconstrucción personalizada y cívica proyecta un nuevo espacio público de los bienes comunes e integra a la Administración en un nuevo contrato eco-social, un nuevo marco colectivo que acaso deba poner en el centro el “cuidado” en la vida personal y social.

“Cuidado” viene de *cogitatus* (pensamiento) y es definido en la RAE como solicitud o atención para hacer bien algo. El cuidado es acción de cuidar (del latín *cogitare*) con un primer sentido como “pensar”, de donde pasó a los significados romances “prestar atención” (a algo o a alguien) y de ahí a “asistir (a alguien)”, “poner solicitud (en algo). Su arco semántico va, pues, desde el pensar o discurrir algo hasta asistir a un enfermo, pasando por tener cierta preocupación, dedicar atención/interés o guardar con celo.

Acaso ha llegado el momento de trabajar por ciudades que pongan en el centro el cuidado de la gente, en una “sociedad de los cuidados” que dé auténtico relieve a la familia; el momento de valorar justamente aquellas actividades profesionales que cuidan a las personas (salud, educación, seguridad...) y de tomarse definitivamente en serio lo de cuidar la casa común, porque en ello nos va la vida. Ojalá el distanciamiento social para hacer frente al coronavirus no active un sentido del cuidado lleno de cautelas, defensas y fronteras, y sí nos haga más conscientes de cuán necesitados estamos los unos de los otros en todas las actividades humanas.

La significación del cuidado en el Evangelio habla de desvelo, solicitud, diligencia, celo, atención, ternura y compasión como condición para la realización del “aquí y ahora” del Reino de Dios. Se expresa en las acciones del Buen Samaritano (Lc 10, 29-37) estrechamente relacionadas con las obras de amor/misericordia propuestas en Mt 25. Desde esa perspectiva, la reconstrucción requiere la participación de todo el conjunto de la Iglesia bajo la perspectiva de la comunión, que cuidan especialmente nuestros pastores junto a nuestros presbíteros. Es una gran oportunidad para revitalizar nuestras parroquias y lugares de Iglesia con un renovado espíritu de sinodalidad y creatividad misionera.

Esta perspectiva del cuidado que debe impregnar toda la respuesta a la pandemia y el proceso de recuperación, debe poner atención especial a la convivencia y calidad de las relaciones entre el conjunto de la sociedad, y en ello tienen un papel especial los políticos. Hay una inmensa mayoría de ciudadanos que demandan concordia y cooperación, reconociendo que existen legítimas diferencias en los puntos de vista y sobre cuáles son las mejores medidas para afrontar el futuro. La gravedad de la situación exige una mucho mayor unidad en las cuestiones de fondo y cuidar en cualquier momento el respeto y colaboración con los otros. Políticos y partidos deben expresar en sus relaciones la paz y convivencia que debe reinar entre los ciudadanos. Especialmente se deben evitar los

dualismos que simplifican falsamente los problemas y generan frentismos. Es preciso obedecer a la petición casi unánime de un “nuevo consenso de reconstrucción”, tal como se está ya dando en diferentes municipios y regiones del país.

La Iglesia no debe circunscribir su mirada a una o dos dimensiones, sino inspirar el conjunto de las dimensiones, sean culturales, de consumo, familiares, de desarrollo profesional o propias de la Administración Pública. El papel de la Iglesia es maternal y señala los valores y cuestiones profundos, los que de verdad pueden cambiar las cosas.

En el conjunto de la sociedad hace falta constituir un gran espacio organizado que incida en los valores públicos, disposiciones y orientaciones fundamentales en la cultura política, la cultura económica, la convivencia social, la calidad de los vínculos. Y esa labor hay que hacerla en clave universalista y de diálogo, en clave de “la cultura del encuentro”.

2. Propuesta concreta. **Gran Conversación Cívica sobre el Espacio Madrid** para integrar, dialogar y construir. Que la Iglesia promueva la organización de una gran conversación pública a través de foros de deliberación. Hay que hacerlo junto con un variado abanico de grandes entidades -creyentes y no creyentes, de unas ideologías y otras, entre las diversas confesiones y de los distintas dimensiones- para crear una gran plataforma de encuentro para reforzar nuestra civilización en el espacio físico y humano de Madrid. Es muy importante que no sea algo intraclesial, sino que la Iglesia teja comunión social. Puede ser un programa de foros o conversaciones cívicas organizadas en diferentes universidades y espacios, donde diferentes entidades y líderes vayan destilando algo así como un Espacio Madrid, el sentido de una gran Carta Fraternal o Marco Ciudadano. Debería ser algo que incluyera trabajo de las entidades y redes de base y es una gran oportunidad para reactivar el tejido parroquial y unirlo más al vecinal. La clave de esta Gran Conversación Cívica es el método de discernimiento y deliberación, que permita desarrollar la democracia de discernimiento que conduzca al consenso y no al conflicto y a la crispación permanente. En esa gran conversación las universidades pueden cumplir un papel importante y sería bueno crear esa conversación dentro de cada una de las instituciones universitarias.

C. Acompañar el duelo y custodiar la memoria

Nos encontramos en una situación post-traumática que padecen en distintos modos y grados quienes han enfermado, han cuidado, han sufrido pérdidas de seres queridos o están sufriendo la destrucción de empleo y empresas; y también la padece la inmensa mayor parte de la población en quien ha impactado este drama. Las condiciones sanitarias han impuesto que la mayoría de las personas no haya podido acompañar a sus seres queridos en el momento final de su vida ni experimentar el proceso funerario con plenitud. La imposibilidad de despedirse de un ser querido, de un padre, una madre, un amigo, está dejando secuelas en un número muy elevado de personas, que seguro necesitarán apoyo para superarlas. Las familias que tenían a sus mayores en residencias y han fallecido, han sufrido experiencias internas muy complejas. Las situaciones han sido muy diversas y también nos hemos encontrado personas que se han visto superadas y por miedo o incertidumbre no han podido o sabido acompañar a sus seres queridos y eso les puede causar remordimientos, que hay que poner bajo la mirada del perdón. En esa atención al duelo debemos escuchar y también encontrar la palabra que consuela y sana, y los signos y ritos que llevan el final de la vida a la esperanza. Es necesaria una comprensión integral del duelo personal y colectivo que debemos afrontar y la reparación requiere símbolos y ritos de cierre que nos humanicen. Los ritos hacen habitable el tiempo, lo ordenan y ayudan a que los eventos tengan sentido, como pone de manifiesto el filósofo Byung-Chul Han en

su última obra, *La desaparición de los rituales* (2020); a través de ellos experimentamos corporalmente la comunidad. Cuando la pandemia agudiza la pérdida de la experiencia corporal comunitaria y pone las condiciones para ser absorbidos por la ideología de la salud y la supervivencia, la Iglesia guiada por el Espíritu del Señor Resucitado es para el mundo fuente surtidora de sentido necesario para elaborar la experiencia personal y reconstruir el tejido comunitario.

Es necesario custodiar la memoria de la experiencia vivida en su verdad e integridad, muy especialmente la memoria de las víctimas y de quienes entregaron su vida. Para poder reconstruir desde la profundidad y el encuentro, es preciso mantener en el recuerdo lo vivido y extraer sus enseñanzas. Esta memoria supondrá el resorte necesario que permitirá afrontar el futuro y la instancia crítica que prevenga de cualquier manipulación. De este modo, una de las labores fundamentales que debe realizar la Iglesia en sus diversos ámbitos, ya sean comunitarios, personales o especializados, es la de custodiar y ayudar a sanar la memoria de lo vivido, esas experiencias de periferia extrema donde lo humano se ha revelado en su debilidad, pero también en su grandeza en toda su densidad. Aunque muchas veces consideramos que el silencio y el aislamiento es la cura para el dolor y pensamos que solo tomando medidas efectivas salimos de las situaciones dramáticas; en realidad se hace necesario dar espacio y palabra a lo vivido.

Para lograr esto es preciso promover “la cultura del encuentro”, lo cual pasa por crear espacios para la acogida, la escucha mutua, el reconocimiento personal, el acompañamiento fraterno y para compartir unas palabras capaces de desvelar los rastros del Misterio que ha estado presente en el tiempo de la pandemia y se ha revelado como fuente de vida y esperanza.

3. Propuesta concreta. **Ampliar la formación y profesionalización del acompañamiento en duelos** complicados a través de cuatro vías: preparando expertos –no es suficiente como un ejercicio amateur- en los medios de formación –muy especialmente postgrado- de que disponemos; promoviendo investigación; desarrollar el paradigma del duelo incorporando su dimensión espiritual, de modo que, junto con las perspectivas psicológicas, se abra al espíritu la trascendencia.
4. Propuesta concreta. **Humanizar los ritos fúnebres en la Iglesia**, de modo que nunca haya frialdad, sino procesos y celebraciones cercanas, cualificadas y significativas.
5. Propuesta concreta. **Plan de acompañamiento** para las personas y las familias, que afectadas por esta crisis lo necesiten.
6. Propuesta concreta. **Encuentros con quienes han estado en vanguardia en la crisis:** sanitarios, fuerzas de seguridad, empleadas de la limpieza... El objetivo no solo es manifestar un reconocimiento, sino ofrecer una disposición de escucha y de colaboración futura. Su memoria es fundamental para reconocer los elementos necesarios para construir el futuro. Los gestores de estos contactos podrían ser los movimientos apostólicos (en especial de mundo del trabajo) que entraran en relación con los sindicatos y organizaciones sectoriales
7. Propuesta concreta. **Homenaje a los esenciales.** La Iglesia de Madrid podría organizar en la catedral un gran homenaje a los sanitarios y personas en servicios esenciales -que incluye a las empleadas domésticas que han estado cuidando domiciliariamente a mayores-, especialmente recordando a quienes entre ellos han enfermado o fallecido. Se trataría de una celebración de gratitud y de recuerdo de lo que es esencial en la vida: servir. Podría pensarse una celebración con testimonios, música y una bendición a todos. Incluso se podría pensar en la entrega de una medalla simbólica que recuerde todo este tiempo. En ella podría ir grabada la barca de los apóstoles, recordando la bendición papal.

8. Propuesta concreta. **Signos de gratitud con los donantes.** Explicitar y agradecer la colaboración con las instituciones e iniciativas particulares que ha puesto recurso al servicio de las acciones socio-caritativas que han llevado la Iglesia diocesana a través de parroquias, obras de caritas, residencias... Convocar algún encuentro en el que se pueda compartir con ellos, situaciones humanas a las que por su ayuda se ha podido dar respuesta. El objetivo es que los gestores de estas instituciones colaboradoras sean conocedores de historias personales, den rostro humano a los efectos de su colaboración y se sientan más implicados en su misma actividad socio-laboral.
9. Propuesta concreta. **Memoriales vecinales.** La celebración tiene una enorme capacidad para movilizar lo intangible e inefable, crear comunión y unir trascendiendo diferencias y divisiones. La pandemia ha sido –especialmente en Madrid y las zonas más afectadas por la mortandad– un enorme duelo colectivo que todos hemos podido contemplar desde nuestras casas o en el frente de lucha contra ella. La hemos sufrido colectivamente y ha producido un grave sufrimiento moral que no solo hay que procesar personalmente, sino de modo colectivo. Tampoco hemos podido despedir a los seres queridos y vecinos fallecidos. Proponemos que la parroquia organice junto con la asociación de vecinos y otras entidades -club de mayores, residencias, principales asociaciones del barrio (Scouts, por ejemplo, o el club deportivo), etc.- un evento vecinal que sea una celebración abierta y universalista en la que se rinda memoria a las víctimas, haya testimonios, se agradezca el bien hecho, etc. Al final, puede acabar con una pequeña cena o comida vecinal. Se podría organizar en la propia parroquia. Puede ser una gran oportunidad para reencontrarnos con miles de personas que hace tiempo perdieron contacto con la parroquia, un buen momento para superar estereotipos, crear unidad, trabajar las disposiciones de fondo. Se podría proponer incluso poner una placa de madera en la iglesia con los nombres de las personas fallecidas durante la pandemia, junto con una frase inspiradora e inaugurarla ese día. Es clave que no sea un evento intraeclesial, sino lo más ampliamente compartido y co-organizado.
10. Propuesta concreta. **Custodiar las historias.** Hacer memoria y difusión bien de historias especialmente dramáticas y bien de historias de entrega personal vividas en la pandemia. El objetivo es que los diversos ámbitos eclesiales diocesanos guarden memoria de lo sucedido en su ámbito particular y lo den a conocer para que sea un estímulo para las comunidades cristianas, en particular, y para la sociedad, en general. Aquí los medios de comunicación de la Iglesia podrían prestar un gran servicio en aras de una buena difusión.
11. Propuesta concreta. **Convocar encuentros personales entre las personas mayores y los jóvenes.** El objetivo es hacer “un acto de tradición” de experiencia y de fe. Los mayores tienen una experiencia acumulada, que ha sido especialmente probada en esta pandemia; por su parte, los jóvenes parecen como si hubieran estado de espaldas ante los dramas vividos o no han tenido modo de interpretarlos.
12. Propuesta concreta. **Promover una pastoral del primer anuncio,** por la que se impulse en los fieles-laicos su vocación misionera y se promueva medios por los que se desarrolle su capacidad de diálogo, testimonio y anuncio allí donde se encuentren. El objetivo es que los discípulos de Jesús se conviertan en agentes capilares de diálogo y de anuncio de esperanza en una sociedad tensionada por experiencias traumáticas y susceptibles de ser utilizada para otros intereses.

D. Reconstrucción personal

Los auténticos cambios son efectivos y duraderos solo si están fundados sobre un cambio duradero de la conducta personal y es a las personas a quienes compete el desarrollo de las actitudes morales, fundamentales en toda convivencia verdaderamente humana (justicia, honradez, veracidad, etc.) que no se puede esperar de otros o delegar a las instituciones. En su conjunto, hay una llamada a un estilo de vida más sencillo, solidario y profundo.

La reconstrucción no es solo social, sino personal. Una sociedad se renueva si las personas lo hacen. Debemos hacer un examen de conciencia, tanto personal como colectivo, sobre la vida que llevamos. Esa situación dramática y recogida ha llevado a que las personas contemplan y reflexionen en mayor medida la realidad y su propia vida. Ha llevado a pensar sobre lo que es *esencial* en la vida –*The Guardian* ha señalado que es una de las palabras más mencionadas durante la pandemia— y, por tanto, a alterar en cierto grado la escala de valores de la propia vida y de la sociedad.

La pandemia no ha proporcionado solo una discontinuidad para repensar y revalorar la vida personal y pública, sino que ha causado un trauma en la población. Ya sabemos por una encuesta² realizada en marzo de 2020, que en España entre un 12% y 20% de la población española encuestada ha sufrido un impacto psicológico severo que se ha manifestado en forma de preocupación, angustia, depresión o abulia. El dato más impactante es que casi uno de cada cuatro españoles no puede afirmar positivamente que su vida tenga sentido. Además, hay un 56% de la población que no puede afirmar que sienta paz o armonía interior. Sabemos por los estudios³ realizados tras la pandemia del SARS en 2004, que los efectos traumáticos (medidos, por ejemplo, en abusos de alcohol o drogas) pueden prolongarse hasta tres años. Además, hay estimaciones de que la mita de los sanitarios puede estar desarrollando síntomas compatibles con la depresión o la ansiedad.

¿Va a cambiar la gente? La consultora EY realiza cíclicamente el *Future Consumer Index* y su encuesta -realizada justo antes de iniciarse el desconfinamiento en Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, Francia y Alemania- nos revela que hay un 23% de consumidores que quieren comprar productos éticos, el 25% de los consumidores quiere comprar a marcas que sean fiables y el 34% pretende pagar más por poder consumir productos locales. Hay un tercio de consumidores que han variado sus preferencias en algo tan concreto y crucial como el carro de sus compras. Son muchos los que han comprendido de verdad, saben que tenemos que cambiar y están dispuestos a buscar y encontrar.

La superación de la pandemia está siendo posible en su mayor parte por el capital moral del país, manifestado en la obediencia cívica al confinamiento y la distancia social, en las redes de bienes comunes y en la entrega y sacrificio del personal sanitario y servicios esenciales. Entendemos por capital moral es el conjunto de virtudes que están mayoritaria y suficientemente interiorizadas por los miembros e instituciones de una sociedad. Depende sustancialmente del capital existencial, que es el grado de sentido y propósito que las personas y grupos atribuyen a su vida. Toda la reconstrucción se ve alimentada por la renovación de capital moral que ha experimentado la sociedad durante la pandemia, especialmente expresado en el aplauso comunitario al final de cada jornada. La reconstrucción personal es la vía principal para el aumento del capital moral y existencial de nuestra sociedad. Eso nos hará una sociedad más resiliente y capaz de recuperarnos de toda la destrucción, sobre nuevos cimientos éticos más compartidos y reforzados.

² Ausín, Berta et al. (2020) *Estudio del impacto psicológico derivado del Covid-19 en la población española*. <https://www.ucm.es/file/estudio-grupo5-univ-complutense-observatorio-impacto-psicologico-covid19-psi-covid-19> Consultado el 30 de abril de 2020.

³ Douglas, Yellowlees (2020) "The Costs of Social Isolation: Loneliness and COVID-19". *Psychiatry Advisor*, 29 de abril de 2020

En el necesario Plan Integral de Reactivación/Reconstrucción de nuestra sociedad hay que comenzar por ahí, por crear múltiples oportunidades para profundizar y reformar la propia vida. La economía necesita medios de producción y la sociedad precisa medios de reflexión.

La Iglesia encuentra aquí un campo en el que hacer una gran aportación práctica, porque tiene mucha experiencia en facilitar procesos de cambio personal y reforma de vida. El caso es si logra abrir sus lenguajes y perspectivas para que no quede limitado a quienes se mueven con facilidad y costumbre a sus códigos y espacios intraeclesiales. El reto está en inculturarse en los lugares y lógicas de la gente para saber acompañar en sus caminos. Los medios de reflexión de la Iglesia necesitan una reconversión.

Uno de los elementos más valorados durante esta crisis sanitaria ha sido la profesionalidad del personal sanitario y servicios esenciales, pero también de tantos trabajadores que se han adaptado al teletrabajo y continuado con su labor, incluso de modo más eficaz. En su conjunto, en nuestra sociedad se ha degradado la dimensión de la profesionalidad. Su valor ha sido rebajado en favor del libro, el materialismo, el individualismo, cuando no la corrupción. Una de las medidas más importantes para construir una mayor sociedad civil sería el fortalecimiento de las sociedades profesionales, que devuelvan a las profesiones su carácter de proyecto moral y servicio público. En esto tienen un papel muy importante las universidades y centros de formación profesional. Pero, además, la profesión es uno de los canales más importantes por los que las personas encauzan su vida, su identidad y su contribución a la sociedad.

13. Propuesta concreta. **Talleres del Coronavirus.** Talleres grupales donde la gente comparte y procesa cómo vivió la pandemia, el confinamiento o los servicios en que se estuvo trabajando -como profesional o voluntario-. En estos talleres se aprende a identificar los sentimientos y experiencias, darles su valor e interpretarlos a la luz de lo que ocurre en el mundo y de la propia vida. A su vez, se trata de extraer las enseñanzas que personalmente hemos aprendido durante y tras ese tiempo, y tratar de pensar cómo reorientar nuestra vida. En resumen, se busca la sensibilidad para captar las mociones profundas, discernirlas y reformar la vida. Son talleres pluriconfesionales en el que cada uno se expresa libremente según sus valores y creencias, dirigidos a personas de todas las edades y ofrecidos tanto en parroquias como centros culturales y vecinales. Se basa en un método sencillo, breve (cuatro sesiones) y replicable que habría que diseñar y en la formación de guías para aplicarlo. Puede ser un gran puente a procesos posteriores de profundización y mayor aproximación a la Fe.
14. Propuesta concreta. **Talleres de desaceleración.** Se trata de ayudar a transformar la vida. Una clave que ha sido ampliamente compartida por la opinión pública es volver a lo esencial, recobrar el valor del silencio y la meditación, reordenar la vida para dedicar tiempo a lo importante, frenar las ansiedades y hacer más auténticas las motivaciones, vivir más profundo y ser más espirituales, vivir de modo más ecológico y sostenible, unidos a los pobres y vulnerables, en comunión con la Humanidad, desde la perspectiva de los cuidados -en línea con el Movimiento de la Lentitud-. Los monasterios, casas de Ejercicios o centros espirituales podrían ofrecer un proceso de meditación, contemplaciones, encuentros con personas o experiencias que sean referencias, diálogos, también la contemplación de la vida de Jesús, etc. sobre la desaceleración en la vida. Taizé realizó un taller sobre ello en verano de 2019. Se podría diseñar algo similar y ofrecer en formatos de tres fines de semana o una semana. Es un puente a otra vida, abre a lo espiritual, reconecta con la Iglesia, crea comunión.
15. Propuesta concreta. **Potenciar los centros de escucha** que ha articulado la Iglesia de Madrid, tratando de llegar mucho más allá de los espacios intraeclesiales. Promover que el

ayuntamiento edite una guía de centros de escucha donde estén incluidos dichos centros y les dé publicidad en mobiliario urbano y llegue a manos de los principales sectores que sufren soledad -jóvenes, viudas, desempleados, separados y divorciados y mujeres dedicadas solo a sus labores-.

16. Propuesta concreta. **Programa de reprofesionalización ética.** El objetivo es dar a las profesiones y al trabajo su verdadero valor en el desarrollo personal y en la vida social. Uno de los elementos más valorados durante esta crisis sanitaria ha sido la profesionalidad de médicos y servicios esenciales, pero también de tantos trabajadores que se han adaptado al teletrabajo y continuado con su labor, incluso de modo más eficaz. En su conjunto, en nuestra sociedad se ha degradado la dimensión de la profesionalidad. Su valor ha sido rebajado en favor del libro, el materialismo, el individualismo, cuando no la corrupción. Una de las medidas más importantes para construir una mayor sociedad civil sería el fortalecimiento de las sociedades profesionales, que devuelvan a las profesiones su carácter de proyecto moral y servicio público. En esto tienen un papel muy importante las universidades y centros de Formación Profesional. Pero, además, la profesión es uno de los canales más importantes por los que las personas encauzan su vida, su identidad y su contribución a la sociedad. En la reconstrucción personal, la reprofesionalización es esencial. Proponemos varias vías de trabajo para lograrlo.
- a) Un programa de reflexiones públicas con los colegios y asociaciones profesionales sobre ética y desafíos en la nueva sociedad, en diálogo con la tradición cristiana (que tiene una sabiduría común y también tiene su pluralidad interna, hay distintos enfoques cristianos sobre un mismo reto).
 - b) Reforzamiento de los programas de ética profesional y Aprendizaje-Servicio en las universidades y centros educativos de la Iglesia, así como su activación en todo el tejido educativo y universitario por los profesores cristianos que trabajan en ellos.
 - c) Promoción de un taller formativo-reflexivo para jóvenes y jóvenes-adultos especializado por profesiones, usando el método de “Más que salud” u otros modelos que se puedan diseñar.
 - d) Promoción de los colegios del contacto de los alumnos con la dimensión profesional de la vida a través de testimonios ejemplarizantes de padres o antiguos alumnos.
 - e) Fomentar la participación de los cristianos en los colegios y asociaciones profesionales. Organizar por arciprestazgo círculos de cristianos por profesiones para que hagan una evaluación de los retos en su mundo profesional y cómo promover la regeneración de su valor.

E. Reconstrucción vecinal

La clave de casi todo reside en retejer la comunidad. Durante la pandemia se está observando un aumento del compromiso solidario de la población, pero aún es pronto para saber si obedece a una reacción temporal de una sociedad que usualmente suele ser muy sensible a las catástrofes, o hay algo estructural que ha cambiado y la gente ha vivido un cambio permanente en su implicación social. En uno u otro caso, la clave en casi todo es retejer la comunidad. La propia Iglesia no es Iglesia si no es comunidad. Es crucial reactivar la dimensión comunitaria en todos los espacios e instituciones, sean empresariales, educativas, culturales o eclesiales.

El paradigma de la “gran desvinculación” se basa en la consolidación de la mutación de viejos riesgos sociales, que han acabado enquistando la exclusión social y la precariedad en nuestro modelo de sociedad. El modelo de ayuda entre los hogares en Madrid, según la Fundación FOESSA, refleja la profundidad de nuestro modelo de desarrollo social en los últimos cuarenta años. El 38,9% de los hogares madrileños se prestan ayuda mutua ante

situaciones de necesidad, mientras que en el conjunto de España llega hasta el 53,6%. El 40% de los hogares madrileños ni da ni recibe ayuda frente al 23,4% del resto de España. Madrid es una de las CC.AA. autónomas donde la soledad y el individualismo ha calado con mayor intensidad.

Ahora es ya el momento de abordar la gran revinculación, tras tantas décadas de pérdida de tejido comunitario. La secular debilidad de la sociedad civil española (19%) –que sufrió la pérdida de un tercio de afiliaciones durante la crisis económica desde 2008— es uno de los mayores problemas de nuestra sociedad y su impacto ha quedado patente durante la pandemia. Esa misma pobreza en organización ciudadana provoca que las dinámicas políticas se comporten sin control y se polaricen en ausencia del cuerpo mediador que proporciona la sociedad civil. Es preciso un compromiso social mucho más intenso que lleve a una repolitización, un aumento cualitativo del sentido de participación y la maduración de la acción voluntaria para que implique un compromiso integral en todas las dimensiones económica, política, cultural, etc. Sin esfera pública no hay posible bien común y una pieza crucial es una fuerte sociedad civil con una alta participación de la ciudadanía en términos de equidad.

El redescubrimiento de los vecinos ha sido una de las experiencias más universales durante la pandemia, especialmente en las ciudades, donde la sociabilidad vecinal se ha ido progresivamente desgastando. La gran desvinculación que hemos sufrido ha ido destejiendo los lazos vecinales que tan importantes fueron para las anteriores generaciones y que tan importantes son en los barrios más dinámicos, sostenibles y con mayores grados de satisfacción entre sus habitantes. Podemos avanzar desde esta experiencia y recuperar el hecho de tener vecinos y barrios, o podemos regresar a lo de antes, a un mundo sin vecinos. Cualquier modelo de reconstrucción social y económica, pasa por la revincualización. Debemos pensar el modelo de barrio que sale de esta experiencia de confinamiento compartido y solidaridad vecinal. En ello cumple un papel fundamental la parroquia, como *casa, mesa y plaza de todos y para todos*.

Según la Cátedra *Amoris Laetitia*, 37,3% de los habitantes de Madrid carece de vecinos a quienes pedir un favor importante. Los varones opinan en mayor medida (41%) que las mujeres (34,1%) que no los tienen. Por edad, cuanto más joven se es, menos se declara que hay un vecino que puede ser una ayuda: el 54% de los menores de 30 años no tienen vecinos a los que poder pedir un favor importante. Entre los desempleados la carencia de vecinos solidarios es exagerada: afecta al 54,5%. Hay también una carencia desproporcionada de vecinos que puedan ayudar cuando se vive en situaciones de vulnerabilidad económica: no tiene solidaridad vecinal el 31% del estrato superior y el 58% del inferior (se acerca al doble). En los estratos intermedios es un 35-36%. Los inmigrantes carecen en mucha mayor medida de vecinos a los que poder pedir un favor importante: no los tienen el 50,4%, en comparación con el 33,8% entre nacionales. En conclusión: un tercio de la población carece de vecinos con los que tenga una relación de solidaridad y ese porcentaje se eleva desproporcionadamente cuando se trata de jóvenes, gente sin hijos, desempleados, estratos económicamente vulnerables e inmigrantes.

La Iglesia tiene un papel muy importante y una enorme responsabilidad en el nuevo paradigma de ciudad, porque su red parroquial tiene escala barrial y está extendida por todos los lugares, tiene reconocimiento y un enorme potencial para cumplir un papel destacado. Desde luego, la Iglesia, con su extensa red parroquial, tiene capacidad para

ayudar a crear el nuevo vecinalismo, si es suficientemente creativa, abierta e inclusiva; y de tal capacidad se deriva una responsabilidad importante. El problema de las parroquias es, en parte, de desvinculación comunitaria más general. Revincular el barrio ayuda a revincular la parroquia.

17. Propuesta concreta. **Recrear inclusivamente la vida parroquial.** La parroquia, tanto en su disminución cuantitativa como cualitativa, es una plataforma esencial. En los últimos quince o veinte años la parroquia ha ido expulsando realidades sociales de su espacio físico y ahora es una gran oportunidad para emprender el movimiento de reinclusión de todo el pueblo. El presbítero, ministro de la comunión, tiene un papel esencial en esa reintegración y participación, para cuidar el “caminar juntos” en cada espacio. La parroquia es para los cristianos y su expresión catequética y celebrativa, sin embargo, solo la dimensión caritativa ha permanecido abierta para ayudar a todo tipo de personas. Esta realidad ha empobrecido el tejido relacional de la Iglesia y su presencia en el espacio social. Ha perdido puentes para el “diálogo con el mundo”. Los planes deben girar a recrear la parroquia como espacio de encuentro con los barrios: abriendo los locales, saliendo a plataformas vecinales, participando en espacios de coordinación pública, generando espacios culturales alternativos, etc.
18. Propuesta concreta. **Comunidades Amables.** Las comunidades de los edificios (o urbanizaciones) se han convertido en lugares muy anónimos e incluso hostiles. Cuando vemos en películas americanas que los vecinos se acercan a dar una tarta a los vecinos recién llegados nos resulta muy ajeno. En Estados Unidos existe una actividad vecinal intensa por parte de un tercio de la gente porque en una cultura tan individualista, saben que solo habrá lo que ellos generen. Sin embargo, los países latinos nos creemos que nuestro carácter mediterráneo crea una sociabilidad intensa espontáneamente. Ya no. Como el coronavirus, nos ha pillado de sorpresa, pero el individualismo ha calado en nuestra población y ya no se crea vecinalismo de modo natural. Por el contrario, más bien hay vergüenza, susceptibilidad y se evita a los demás. Se necesitan pensar y organizar nuevos medios.
 - Debemos reconstruir Comunidades Amables. Los carteles de ayuda que hemos puesto en los portales son una buena idea. Proponemos que los cristianos promuevan que se forme un pequeño Equipo de Solidaridad y Acogida en la comunidad de vecinos. Podrían, por ejemplo, poder invitar a los nuevos vecinos que lleguen a una casa a una pequeña merienda de bienvenida donde conozcan a los demás vecinos. En Navidad podrían hacer una pequeña celebración vecinal donde cada uno trae algo e inaugurar el Belén de su casa. Antes, cuando moría alguien, había tal densidad en las relaciones, que se ponía un libro de firmas en el portal para los vecinos. Ahora es difícil enterarse incluso de que ha fallecido un vecino de toda la vida y no se sabe ni cuándo es el funeral. Eso también se puede cuidar. Ese mismo comité puede estar atento a los casos de vulnerabilidad por soledad, dependencia u otros factores –por ejemplo, la prevención de la violencia doméstica. Por supuesto, hay que evitar cualquier tipo de intromisión o falta de intimidad, pero que la comunidad esté disponible y organizada para poder ayudar, es importante.
19. Propuesta concreta. **Redes del Bien Común.** Proponemos que, desde parroquias, asociaciones cristianas y otros centros se generen redes del bien común. Por todo el país se han creado redes del bien común. Son telares sociales en los que trabajan juntos treinta o dos mil personas. Muchas veces son un cartel en el portal en el que vecinos ponen sus nombres para ayudar a cualquiera que lo necesite. Colabora todo tipo de gente, muchos no se conocen entre ellos ni saben sus motivaciones. A veces sale de organizaciones, puede ser una parroquia o la asociación de vecinos la que dé sostén, o parte espontáneamente de un grupito de vecinos por Internet. En realidad, las experiencias más llamativas y efectivas nos están demostrando que no hace falta nada para hacer una red del bien. Hay experiencias transformadoras que comenzaron simplemente con un grupo de *WhatsApp*,

Facebook, Telegram, etc. Dos o tres emprendedores toman la iniciativa, suman otros veinte que les ayudan a expandirse y finalmente crece con cien o mil voluntarios. Sin manifiestos, sin discursos, sin más ideología que la servicialidad y hacer el bien. Nos da un método imparabile: organiza un grupo por redes y suma gente dispuesta a hacer un pequeño voluntariado, compartir bienes, hacer un servicio. Así de sencillo: Redes del Bien. Cuanto más sencillo y concreto, más profundo, universal y eficaz. Mejor siempre colaborar con otros, crear comunidad transversal. Esas redes darán lugar a experiencias que elevarán nuestras sociedades civiles de un pobre 19% al 50%, porque se ha demostrado que dos tercios de este país querrían hacer el bien si encuentran un cómo. Así comienza la pacífica revolución que necesitamos para construir la Casa Común.

20. Propuesta concreta. **Proyecto anual de humanización del barrio.** Los barrios tienen muchas cosas que mejorar y la pandemia nos ha demostrado que debe haber emprendimiento y autoorganización para darles solución. Algunos pueden llevar a humanizar solares abandonados, crear caminos donde solo hay terrenos sin ajardinar y abandonados, limpiar y recuperar esquinas degradadas, etc. Sería una buena idea que cada año la comunidad parroquial se propusiera un proyecto de humanización o recuperación de un espacio concreto e invitara a todos los vecinos a unirse a él mediante trabajo voluntario. A final del proyecto se puede hacer una celebración y una bendición del lugar (sin arcaísmos, sino en un modo de bendición renovado y comprensible para todos).
21. Propuesta concreta. **Hora Comunitaria.** Hay que crear en las nuevas generaciones mentalidad vecinal. ¿Por qué las parroquias y colegios católicos no impulsan la organización en los barrios de la Hora Comunitaria? Es una hora a la semana para que jóvenes y niños puedan mejorar su barrio. Se puede organizar desde los colegios e institutos, pero también desde las organizaciones, parroquias, etc. Se establece un consejo infantil y otro juvenil, y se proponen proyectos. Los propios niños y jóvenes proponen los suyos. Se elige un proyecto y se concentran los trabajos de las horas comunitarias. Pueden ser organizados como una actividad extraescolar liderada por padres, profesores motivados o jóvenes y vecinos voluntarios.
22. Propuesta concreta. **Celebraciones Espontáneas.** En Boston tienen una cosa fantástica que se llaman las “celebraciones espontáneas”. No obedecen a ninguna festividad especial, no son recurrentes ni están organizadas por nadie que no sea la propia gente. Simplemente un día se toma un espacio público para hacer una celebración creativa, pacífica, respetuosa, sencilla e integradora. Por ejemplo, acudimos una noche con nuestros amigos a una que consistía en hacer linternas de papel y acercarnos a un lago urbano de modo que al final todo el lago estaba rodeado de luminarias. Son gestos colectivos de belleza, momento para encontrarse, conocer gente, compartir comida... Estas cosas crean comunidad, buen gusto, hacen que el barrio y el tiempo se llenen de belleza. La Iglesia podía promover con otros este tipo de celebraciones, que harían de puente para compartir las celebraciones litúrgicas.
23. Propuesta concreta. **Apoyar más decididamente el movimiento de Huertas Urbanas.** Lo que hace diez años parecía algo excéntrico y propio de libertarios, es sorprendente la facilidad con que se ha extendido y ha sido asimilado por toda la población. De 2000 a 2019, el número de huertas urbanas se ha multiplicado por 50, hasta superar los 400 municipios y sumar más de 300 hectáreas. Las huertas no implican solo la plantación, sino que crea todo un mundo a su alrededor. Por ejemplo, en Manoteras, las huertas han creado un pequeño auditorio abierto donde los sábados por la noche se ofrece un ocio sano y alternativo de jóvenes cantantes, cuentacuentos, coros, etc. Las funciones de la huerta son numerosas, incluida la reactivación de tiendas locales. Comenzar por una huerta acaba sembrando muchas más cosas en el barrio al redescubrir los valores de la tierra y la “casa común”. El movimiento de Huertas Urbanas se debería expandir al cuidado de los jardines intermedios y árboles que no dependen del Ayuntamiento. Deberían ayudar a las comunidades de propietarios a embellecer sus jardines. La belleza siempre multiplica el bien.

F. Reconstrucción familiar

Como todas las crisis que vivimos, el impacto del coronavirus depende de la fortaleza de las familias. Lo experimentamos durante la larga crisis económica que golpeó Occidente en 2008 y que se ha alargado hasta prácticamente el comienzo de la pandemia que sufrimos. Entonces, la sociedad resistió la debacle económica por la solidaridad de las familias y, muy especialmente, los mayores. Más de medio millón de hogares dependieron de las pensiones que los mayores y las personas discapacitadas decidieron compartir con sus hermanos, hijos y nietos. De nuevo lo estamos comprobando. Ahora nos damos cuenta otra vez de que nuestra sociedad tenía que haber hecho mucho más por fortalecer a las familias y las parejas, una “política de familias y parejas positivas” que creara la malla básica sobre la que se sustenta cualquier sociedad.

Toda esta realidad ha afectado también a las relaciones intrafamiliares, que se han visto fuertemente sacudidas por la crisis sanitaria que ha obligado a un confinamiento muy largo, situación que en muchos casos ha sido una magnífica oportunidad para disfrutar de los hijos y de los padres, pero en otros muchos se han acrecentado las tensiones que existían pero que la falta de tiempo en común había tapado. El número de peticiones de divorcio ha crecido, la violencia intrafamiliar se ha acentuado, las dificultades en la comunicación han generado tensiones, la ausencia de espacio y las viviendas sin unas condiciones mínimas han disparado las tensiones, entre otros aspectos. El desarrollo del teletrabajo ha permitido a muchos trabajadores mantener su empleo, pero el confinamiento ha dado lugar también a problemas de conciliación en las familias con hijos menores.

Ha habido familias que han redescubierto valores. Hay familias que han redescubierto el gusto por vivir juntos, se han dado cuenta que vivían desconectadas, no se cuidaban, no estaban suficientemente atentas a la sociedad, o que no estaban centradas en lo esencial. Han tenido una buena experiencia durante el confinamiento o les ha sorprendido que no hubiera los problemas que temían.

Otras familias han entrado en crisis porque se han tensado más las contradicciones o malestares. Ha habido familias que no han sabido o podido gestionar la convivencia permanente y las demandas de los hijos. El acompañamiento a los hijos en el régimen de educación a distancia a que nos hemos visto obligados ha sido variable. Ha habido familias que han respondido cooperando y otras que han desatendido y no han ayudado. Muchas familias, muy especialmente aquellas que tienen condiciones de vida precarias y situaciones económicas vulnerables, han sufrido una enorme presión por el confinamiento, la falta de espacio doméstico, la pérdida de empleo y las incertidumbres.

Parte del problema de las familias es que su interioridad grupal familiar se empobrece. El consumismo, el exceso de tiempo individual frente a pantallas, pérdida de la dimensión celebrativa y de hábitos saludables, la pasivización y la no transmisión de la sabiduría de la humanidad, debilitan a cada familia y a cada uno de sus miembros. Frente a ello necesitamos familias activas, narrativas y serviciales, y propuestas que nos lleven a ello.

Debemos impulsar la pastoral de las familias. Las familias son el primer ámbito de memoria y de las relaciones gratuitas. La escucha, la acogida, la atención, el acompañamiento mutuo les convierte en el entorno humano privilegiado en donde las energías se concentran para

que sus miembros puedan afrontar los retos concretos a los que se enfrentan. Y, sin embargo, hoy sufre una gran erosión. La Iglesia debe pasar de la retórica respecto a la realidad familiar y propiciar una mayor atención, especialmente a las más vulnerables: familias monoparentales, de emigrantes, amenazadas por el paro... La atención a los núcleos familiares es el mejor modo de superar la tentación del “sálvese quien pueda”.

24. Propuesta concreta. **Ampliar e integrar la red de atención a la crisis de pareja y familia.** Es muy probable que las crisis se hayan multiplicado en las parejas y familias. Algunas de ellas tendrán su origen en un conflicto que bloquea a sus miembros. Otras partirán del deseo de superar los problemas o anhelar otro modo de vida. En todos estos casos, el acompañamiento, la mediación, el asesoramiento familiar o la terapia familiar puede ser una gran ayuda. Hay que ampliar la red de orientación familiar de la Iglesia de Madrid, para incluir los centros de enseñanza y otros centros como las clínicas universitarias, que tienen los permisos obligados para poder hacer terapia. Hay que hacer público un catálogo que integre toda la oferta a la que las parejas y familias pueden acudir, incluyendo los centros de escucha.
25. Propuesta concreta. **Renovación del proyecto de parejas.** Promover en colaboración con asociaciones de vecinos, centros culturales y otras entidades fines de semana para que las parejas renueven su proyecto tras la pandemia. Deben ser métodos suficientemente abiertos, inclusivos y plurales como para poder ser accesibles a todo tipo de pareja, creyente o no, no reducirnos al ámbito intraeclesial (por ejemplo, los métodos de ITV o el Reloj de la Familia).
26. Propuesta concreta. **Familias narrativas.** Es clave la transmisión intergeneracional de los valores y sabiduría de la Humanidad, muy especialmente de las grandes narraciones cristianas. Durante la pandemia hemos asistido a cómo los padres contemplaban con sus hijos historias de servicios esenciales, casos esperanzadores o inspiradores, o también pérdidas o anti-ejemplos. Hemos contado a nuestros hijos de nuevo lo esencial y quizás hemos recurrido a historias olvidadas para ayudarles a comprender lo que estaba ocurriendo. Es necesario hacer más densa la transmisión narrativa de valores, creencias, actitudes y ejemplos inspiradores. Para ello es necesario que dentro de las familias se abra espacio para la transmisión a veces de modo informal (una madre, abuela o tío cuenta una historia) o más formal (cada noche antes de dormir con los niños, programar una película que compartir, leer juntos un libro, etc.). Tenemos que elevar nuestra formación para ser buenos contadores de historias. Se pueden implementar mediante talleres de cuentacuentos —los niños y jóvenes deberían tener esa capacidad y es algo a enseñar en parroquias y centros educativos— o el innovador método *Godly Play*. Esto cualifica a los padres y familiares para participar en la catequesis y les abre a otros recursos formativos como enseñar a meditar y rezar, introducir en la liturgia, etc.
27. Propuesta concreta. **Familias activas.** Uno de los mayores problemas es que las familias se individualizan siguiendo las dinámicas de medios, pantallas, redes sociales, etc., así se hacen progresivamente pasivas o solo siguen hábitos consumistas de centro comercial. De ese modo, pierden una sana actividad, que sea diversa y creativa, que genere vínculos entre ellos e introduzca en las familias experiencias que las haga crecer internamente. Es importante la activación de las familias. Toda actividad o evento familiar es una oportunidad para reactivar a las familias. Este es un eje crucial de la reconstrucción social. Los entornos cristianos pueden hacer un gran bien cuando organizan actividades familiares de todo tipo. Cualquier paso sano en vinculación, activación o profundización, es avance en el camino de Jesús. Sería necesario que cada colegio, parroquia, unidad pastoral o arciprestazgo tuviera un sencillo programa de actividades familiares que organice por sí mismo o en colaboración con otros. El mundo *scout* ha realizado una aportación importantísima a lo largo de mucho tiempo, por ejemplo. Algunas de las propuestas concretas que hacemos pueden ser buenas oportunidades familiares (por ejemplo, el proyecto anual de humanización del barrio o la hora comunitaria). Hay una amplia gama de

- actividades familiares de interés según las distintas edades de los hijos o momento del ciclo vital de las familias. La activación de la familia precede a la evangelización.
28. Propuesta concreta. **Familias voluntarias.** Muchas veces los problemas familiares están causados por situaciones en las que se han cerrado sobre sí mismas. A todas las familias, pero especialmente en esas condiciones, les hace un gran bien servir a otros. Lo hacen cuando cuidan de sus parientes o amigos, pero cuidar en un ámbito más general pide aprendizaje. El voluntariado suele ofrecerse por edades, pero raramente se hace en grupo familiar. Se podría pensar en que algunas parroquias o unidades pastorales tengan su oferta de voluntariado familiar, que fueran experiencias bien organizadas hechas por grupos de familias en el ámbito de los cuidados de los mayores o personas con discapacidad, recuperación ecológica o urbana, voluntariado cultural, etc. Hay que ofrecer a las familias oportunidades para servir juntos. Es algo extraordinariamente transformador de la propia familia: trascienden sus dinámicas, los une, los hace relativizar sus propios problemas, genera nuevos horizontes, les hace sentirse capaces y descubrir sus fortalezas. Si además ese voluntariado tiene un acompañamiento y formación, se convierte en un espacio de cambio más hondo.
 29. Propuesta concreta. **Campaña Hombres Nuevos.** El objetivo es impulsar una nueva masculinidad. Durante la pandemia los hombres se han quedado en casa y tanta convivencia ha sido una novedad. Se han producido transformaciones en las responsabilidades de cuidado del hogar y de los hijos y ha habido malestares que han puesto de manifiesto el problema de ausencia o desresponsabilización de los varones. Uno de los grandes cambios que transformarían nuestra sociedad es la expansión de un nuevo modelo de masculinidad y paternidad en la clave con la sabiduría de los cuidados. La cultura masculina insanamente competitiva, excesivamente pendiente del prestigio, poco atenta a los cuidados internos de la familia, y sin equidad con la mujer, desequilibra internamente las familias, descuida la educación de los hijos y no deja tiempo a lo esencial. Proponemos una campaña de la Iglesia —en colaboración con algunas entidades sociales feministas y de nueva masculinidad— para transformar aquellos aspectos de la mentalidad masculina que necesitan ser superadas.
 30. Propuesta concreta. **Protección de la maternidad.** Las crisis provocan situaciones de mayor estrés que hacen mucho más vulnerable a la maternidad, corriendo incluso el riesgo de que aumente la tentación de poner fin a la nueva vida. Esta pandemia debe llevarnos a impulsar un nuevo pacto por la vida en todas sus fases y situaciones. El cuidado de las mujeres embarazadas y su familia debe ser intensificado.
 31. Propuesta concreta. **Enfoque familiar de los servicios públicos.** La familia tiene un papel crucial en la respuesta a los males alrededor de la pandemia. Las instituciones deben tener un enfoque familiar si quieren solucionar los problemas y crear una sociedad más resiliente. Esto se puede aplicar en cuatro ámbitos prácticos: el sanitario (el papel de la familia en los procesos hospitalarios); el educativo (la necesidad de planes pedagógicos adaptados a los niños y adolescentes, en mucha mayor cooperación y sincronización con la familia); el de la formación de personas en desempleo y el de los servicios sociales. La Iglesia debería centrar su defensa de la familia en el desarrollo de propuestas operativas para hacer más familiares esos ámbitos de modo que se cuente con todo el enorme recurso que aporta la familia. Por ejemplo, la pastoral de la salud y las escuelas de enfermería de las universidades católicas podrían hacer una propuesta concreta al sector médico y las Administraciones.

G. Los mayores y personas dependientes

En la tarea de reconstrucción hemos de vigilar y cuidar especialmente de las personas mayores y de las personas con discapacidad, no porque sean los únicos que lo necesitan (también están los niños y los enfermos), sino porque los mayores se han llevado la peor

parte de la crisis. Hemos de evitar que esto suceda nuevamente y resarcir el daño injusto que han padecido.

Junto con ellos, los profesionales sanitarios han sufrido con una dureza evitable el contagio. Se debe salvaguardar mejor su integridad y salud con los medios materiales que sean necesarios. Es un deber de la autoridad competente garantizar su integridad proporcionando una vestimenta adecuada al peligro al cual se exponen: mascarilla, EPIs, guantes, gafas, etc.

Dentro de la crisis sanitaria ha habido una crisis bioética en la que se ha detectado un utilitarismo desenfocado que instruía a tomar decisiones desde la aparente *utilidad social* de las personas. No se ha explicado bien que ante la carencia de recursos y el exceso de enfermos había que tomar decisiones basadas en el criterio de *recuperabilidad* de los pacientes necesitados de tratamiento; ha quedado la impresión de que se establecieron el rango de edad o la discapacidad como criterios para que las personas no fueran atendidas en los servicios hospitalarios y ahora conviene hacer una crítica seria y rigurosa de lo que se ha hecho y cómo se ha hecho a fin de prepararse correctamente para escenarios futuros. En todo caso, se ha puesto de manifiesto el fuerte “edadismo” que arrastra nuestra sociedad, es decir, la exclusión de las personas en razón de su edad.

La crisis ha destapado un enfoque bioético que requiere ser revisado en profundidad para que sea humanizado desde el principio de la dignidad humana y la autonomía relacional. La tecnología nos ayuda a decidir, pero finalmente siempre es la ética quien elige, aunque diga ampararse en criterios científicos. La *Pontificia Academia para la Vida*, en su Nota sobre la emergencia Covid-19, bajo el título de Pandemia y Fraternidad Universal, de 30 de marzo de 2020, advierte que

“las decisiones políticas tendrán ciertamente que tener en cuenta los datos científicos, pero no pueden reducirse a este nivel. Permitir que los fenómenos humanos se interpreten solo sobre la base de categorías de ciencia empírica sólo produciría respuestas a nivel técnico. Terminaríamos con una lógica que considera los procesos biológicos como determinantes de las opciones políticas, según el peligroso proceso que la biopolítica nos ha enseñado a conocer. Esta lógica tampoco respeta las diferencias entre las culturas, que interpretan la salud, la enfermedad, la muerte y los sistemas de asistencia atribuyendo significados que en su diversidad pueden constituir una riqueza no homologable según una única clave interpretativa tecnocientífica”.

En ese sentido, la respuesta a la pandemia ha puesto de manifiesto que necesitamos desarrollar y humanizar más el sentido ético de la sociedad en su conjunto y especialmente en los centros de decisión que afectan a la salud y la vida. En el momento de actuar con urgencia ha habido mucha reacción, pero poca reflexión. En general, ha habido graves problemas de diseño del modo de organizar y actuar. Se han impuesto elecciones dilemáticas que ponían a la población entre extremos como vida o muerte, en vez de seguir enfoques problemáticos que apreciaran la complejidad y arbitraran soluciones ponderadas.

Hemos tenido que priorizar en la asignación de determinados recursos sanitarios por su insuficiencia para atender a todos los pacientes que requerían asistencia hospitalaria y medios específicos de soporte vital, y en breve tendremos que volver a priorizar en la prescripción y aplicación de la deseada vacuna. Ello, sin embargo, no debe provocar que

caigamos en el sesgo de transformar todos los problemas éticos derivados de la pandemia en dilemas y renunciemos no solo a la detenida reflexión y a la deliberación, sino a la búsqueda de cursos de acción intermedios a través de los que se evita el sacrificio de uno de los derechos en conflicto.

Un ejemplo casi paradigmático de un problema transformado en dilema durante la pandemia es el de la casi absoluta exclusión del acompañamiento o de la asistencia espiritual durante el proceso de morir de muchos pacientes. Muchos de nuestros conciudadanos han muerto solos y sin asistencia espiritual, porque la solución ha sido extrema, de corte dilemático. Se ha partido de una regla general que se ha aplicado de manera taxativa a todos los casos, obviando una mínima reflexión acerca de las posibilidades de haber facilitado un mínimo acompañamiento o asistencia espiritual.

Con todo, hemos de agradecer que el sistema sanitario no ha fallado, sino que ha respondido con eficacia a la enfermedad. Los fallos se localizan en el ámbito de los decisores de la política sanitaria, donde lo primero que no ha funcionado ha sido la prevención. En especial, se ha pagado un enorme coste en vidas humanas en lo que se llama sistema sociosanitario, pero que en realidad se ha demostrado que carecía de la necesaria dimensión “sanitaria” que lo define. Más que fallar el sistema lo que la pandemia ha mostrado es que no existe realmente un sistema sociosanitario que, más allá de la cobertura de la asistencia social, ofrezca también una prestación sanitario real. La coordinación de la atención primaria y, en especial, de los equipos de soporte de atención domiciliaria con las residencias de la tercera edad muestra un déficit grave desde hace años.

La reconstrucción debe fortalecer la prevención e invertir en la equidad ya que el mayor determinante de la salud es el entorno y los hábitos de vida, y la condición económica es la que establece mayores diferencias en la calidad de la salud. Hay que evitar un enfoque asistencialista, en favor de uno basado en la prevención. Si desde la perspectiva de la sanidad hay que reconstruir algo, es precisamente la atención primaria y construir un verdadero sistema socio sanitario.

La crisis que ha afectado dramáticamente a las residencias no debe extender una estigmatización indiscriminada de las residencias. En todas ellas ha habido personas que han puesto en riesgo su vida para seguir cuidando de los mayores y eso exige gratitud. Muchas residencias son no iniciativas con ánimo de lucro, su personal no es precario y se rigen por altos estándares de atención a los residentes y sus familias. Es necesario también bendecir la entrega y tanto cuidado bien hecho en tantas residencias, especialmente en las que tuvieron que hacer frente a brotes de enfermedad, muchas veces en situación de abandono. En todo caso, no se debe seguir un camino de generalización y de crítica indiscriminada, sino de discernimiento de cómo mejorar el modelo de atención residencial a los mayores. Tenemos una gran oportunidad para ello.

Es imprescindible reflexionar en profundidad el modelo general de atención a los mayores y otras personas dependientes, especialmente en lo relativo a la residencia. Existen otros modelos más comunitarios que pueden evitar el desarraigo y la gentrificación. La catástrofe de la pandemia en las residencias de mayores y personas dependientes es un revulsivo que debe hacernos tomar otro camino. La Iglesia puede jugar un papel crucial por su participación en muchas residencias de mayores, pero también, y más importante, en el

modelo de cuidados, porque hay grupos cristianos que han sido vanguardistas en la promoción de nuevos modelos y por el enorme arraigo en la población de mayor edad.

32. Propuesta concreta. **Garantizar el acompañamiento al final de la vida.** Garantizar que toda persona fallezca con los cuidados que le son debidos, acompañados por la atención humana y espiritual oportunas. La experiencia de la pandemia ha puesto de manifiesto la necesidad de generar y articular en nuestro sistema de salud unos cuidados paliativos integrales que cuiden la vida en su periodo final desde todas sus perspectivas: física, psíquica, social o espiritual. Teniendo en cuenta que probablemente, en los próximos meses, en coincidencia con la etapa de reconstrucción, se acometerá el debate público de la ley de eutanasia, pensamos que todos estos elementos pueden poner en valor la importancia del cuidado integral al final de la vida humana.
33. Propuesta concreta. **Promover el modelo de hospitalización acompañada para personas con discapacidad intelectual.** El mundo de la discapacidad también requiere una atención especial. Hemos asistido a casos de personas con síndrome de Down que no han sido ingresadas, así como en otros casos en que estas sí han sido ingresadas y acompañadas por un familiar cercano. Debería imponerse este segundo modelo y la Iglesia debería promoverlo.
34. Propuesta concreta. **Campaña contra el edadismo.** La Iglesia debería impulsar una campaña contra la marginación de los mayores y a favor de otra consideración del envejecimiento en nuestra sociedad. En estos momentos hay una gran preocupación por esta cuestión y sentimos que necesitamos reaccionar como sociedad para que los mayores se sientan justamente valorados.
35. Propuesta concreta. **Nueva Pastoral de Mayores.** Tenemos que comenzar a abrir un nuevo espacio pastoral en el campo de los mayores, que no esté bajo el paraguas de la salud, como si ser mayor fuera una enfermedad. Hay un tramo amplio de edad que requiere otro enfoque basado en la activación, en vivir con todavía mayor plenitud y en encauzar su tiempo y saber hacia una nueva forma de contribuir a la sociedad. La Iglesia debe tener un enfoque pastoral diferenciado dirigido a ese nuevo envejecimiento, donde la gente todavía está en condiciones sanas y hábiles para aportar y emprender proyectos. Esa pastoral debe incluir un proceso formativo o de acompañamiento para la adaptación o renovación del proyecto tras la jubilación.
36. Propuesta concreta. **Seminario de trabajo sobre nuevos modos de vivir de los mayores,** que aborde la mejora y reconversión del modelo de alojamiento de mayores. El resultado debe ser una propuesta operativa y el apoyo a alternativas y buenas prácticas transformadoras. Sería un seminario de varias sesiones que se podría realizar en sede universitaria en las que se fuera destilando un consenso. Los participantes serían residencias, alternativas jubilares –complejos de vivienda alternativos para mayores en clave de *co-housing* o de cooperativas—, iniciativas de atención domiciliaria, asociaciones vecinales, expertos y otras referencias en esta materia. En su conjunto, la Iglesia debería comprometerse con mayor intensidad contra la gentrificación de los barrios vecinales y a favor de los modelos que hacen posible la continuidad de las personas mayores en sus comunidades de referencia.

H. Economía sostenible y empleo

Como no cabía ser de otra manera, la paralización casi total de la actividad económica durante los meses de confinamiento ha provocado inevitablemente una crisis económica que ya está afectando a las personas y a las familias, especialmente a las más vulnerables, con efectos sobre su bienestar y calidad de vida. Esta situación, necesaria para parar la expansión del virus, ha dado lugar a un aumento importante en el número de empresas que se han visto obligadas a cerrar sus puertas, y ha provocado que para miles de

trabajadores autónomos haya sido imposible mantener abiertos sus pequeños negocios y muchas empresas han solicitado ERTES para intentar salvar al menos parte de sus empleos. Pero todo ello ha llevado a un fuerte aumento en el número de personas sin empleo, empujando a miles de familias a situaciones económicas muy difíciles, generando en estas personas una gran inseguridad sobre su futuro laboral. Todo ello nos sitúa frente a un panorama económico en el corto y medio plazo oscuro que según las previsiones está haciendo crecer desproporcionadamente nuestra deuda pública, la destrucción de empresas es muy dañina y puede elevar nuestra tasa de paro por encima del 20%, lo que llevará, previsiblemente, a un importante aumento de la tasa de riesgo de pobreza y probablemente a un aumento de las desigualdades sociales. Es muy probable que se produzca un aumento de gran magnitud en la exclusión severa.

La justicia y equidad social deben presidir toda nuestra acción: no dejar a nadie atrás y evitar que aumenten las desigualdades todavía más. El horizonte de prosperidad sostenible e inclusiva al que legítimamente aspiramos pide –como hace el papa Francisco– que la política que no se subordine a la economía, pero siendo, eso sí, una política que busque el bien común poniendo a las personas en el centro. Que la política recupere espacio sobre la economía no implica, en absoluto, rechazo de la economía ni de sus actores, significa que, tanto a su nivel nacional como global, debe asegurar que los bancos, los mercados financieros y el conjunto de actividades económicas se comporten de manera socialmente responsable de acuerdo a los criterios del bien común: justicia y equidad, cuidado especial por los más pobres y vulnerables, redistribución que impida las desigualdades que dañan la vida de las personas y conducen a la inestabilidad y la zozobra social. Se va asumiendo que el sistema económico de mercado no se sostiene si las corporaciones no se hacen más sociales y ecológicas. Es necesario un cambio estructural en la cultura de las compañías para que éstas tengan una idea integral de su ecosistema social. Se busca compañías que se dirijan a la sostenibilidad y el desarrollo sostenible con sus clientes y las sociedades donde operan, en toda su “cadena de valor”, desde los lugares donde sus proveedores extraen materias primas hasta el reciclaje tras el consumo por parte de sus clientes últimos.

El desempleo es el mayor problema inmediato con el que se enfrentan los países tras la pandemia y que, en el caso de nuestra sociedad, ya arrastraba unas tasas sistémicas altas. La recuperación de empleo, además, no puede ser a base de crear todavía más empleo precario, pues ya tenemos una calidad de empleo muy baja que ha extendido la precariedad vital a una extensa capa de la sociedad. Es un hecho que en nuestro país hay abuso de la temporalización. En 2019, solo tenían contrato indefinido el 48% de las personas afiliadas a la Seguridad Social –personas trabajando en España con contratos legales. Si somos conscientes de que existe en torno a 25% de economía sumergida, en la que no existe ni un solo contrato legal, sino que son todos precarios, la balanza se desequilibra todavía más.

La mayor parte del problema de desempleo se va a sufrir entre los jóvenes y entre las personas mayores de 45 años expulsadas de los sectores de empleo en reestructuración y sin posibilidades de reconversión. Por otra parte, el nivel formativo de un tercio de los jóvenes –y también de las personas inmigrantes– es de los más bajos de la Unión Europea y eso dificulta la empleabilidad. A ese proceso de reactivación del empleo se suma otro factor de desgaste. Las personas en desempleo muestran algunas de las condiciones más

extremas de soledad⁴. La lucha contra el desempleo debe comenzar en impedir estos altos niveles de desconexión social y sentimientos de abandono. Este aislamiento dificulta cualquier proceso de formación y activación en el que se invierta. La recomunitarización y el acompañamiento social a las personas que sufren desempleo deberían formar el primer pilar de cualquier política de empleo. Europa ha criticado que nuestro modelo formativo para el empleo es ineficaz y rígido. Es ahí donde la Iglesia puede centrar gran parte de sus esfuerzos de reactivación y reconstrucción socioeconómica.

Es clave una apuesta decidida, clara, explícita y valiente de la Iglesia por la economía social y solidaria. Esta debe darse en cuatro direcciones: la Iglesia (a) como promotora de entidades de economía social y solidaria; (b) como contratadora de servicios de la economía social y solidaria; (c) como plataforma común de muchas iniciativas de entidades de Iglesia; (d) como catalizadora de propuestas de economía social y solidaria de entidades no de Iglesia.

37. Propuesta concreta. **Una economía de la Iglesia ecosocialmente sostenible.** Convertir toda la Iglesia de Madrid, y muy especialmente sus centros e instituciones, a la economía ecosocial. Potenciar especialmente todo el proyecto *Moda RE* de Cáritas y el conjunto de empresas sociales de las diferentes iniciativas del mundo cristiano y civil. Es imprescindible un compromiso de la propia Iglesia con la economía social en sus inversiones, contratación de servicios y operaciones de compra. Necesitamos que toda la Iglesia de Madrid se comprometa en ser solución a la crisis y, por tanto, tener una economía ecosocialmente sostenible, que esté sujeta a auditoría con transparencia pública y rendimiento anual de cuentas y, especialmente, esta ética ecosocial.
38. Propuesta concreta. **Promover decididamente el Comercio Justo.** La Iglesia debería comprometer a su enorme comunidad con el comercio justo (el Ayuntamiento de Madrid tiene activa una campaña actualmente, “Ciudad por el Comercio Justo”) y el comercio ecosocialmente sostenible.
39. Propuesta práctica. **Un nuevo modelo para aumentar y acompañar la empleabilidad.** Es clave que las personas en desempleo no sufran soledad, se sientan abandonadas y se desconecten de la sociedad; y para ello desde la base de la Iglesia se pueden crear grupos de acompañamiento y promover una amplia red de mentores que ayuden a la empleabilidad. A su vez, hay que cambiar radicalmente el modelo formativo en dos líneas. Primera, superar el abandono prematuro de la formación con un especial esfuerzo en acompañamiento tutorial y mentores. Segunda, adaptar la formación a personas desempleadas y a trabajadores en empleos precarios. Cáritas y el resto de ONG de la comunidad eclesial, en colaboración con la Administración y con el resto de la sociedad civil, muy especialmente con empresas, podrían realizar una estrategia común para el empleo.

⁴ Según la encuesta sobre soledad de la Cátedra Amoris Laetitia en 2020, se **triplica** (17%) entre los desempleados la falta aguda de compañía (5,5%). **Casi se triplica** (8%) entre desempleados el aislamiento social extremo (media 3%). **Mucho más del doble** de los parados (51%) se ha sentido solo la última semana (media 20%). **Mucho más del doble** (31,1%) de los parados pasa cada día laborable totalmente o casi totalmente solo (media 12%). **Mucho más del doble** (26%) de personas en paro carece de personas con las que poder hablar con confianza (media 10,8%). **Más del doble** (11,7%) de parados sufren la soledad intensa (media 5,2%). **Más del doble** (12%) de las personas desempleadas no se siente amado nunca o casi nunca (media 5,5%). **Más del doble** (26,1%) de personas en desempleo está siempre o casi siempre descontentas con sus amigos (media 12%). **Cerca del doble** (39%) de parados carece de un grupo de amigos (media 21,1%).

I. En el campo educativo

Desde muchos centros educativos y por parte de muchos profesores se ha hecho un especial esfuerzo para que ningún estudiante se quede atrás. Se ha prestado una especial atención a aquellos estudiantes que por motivación u otras causas podían correr riesgo de pasar desapercibidos. Esa acción sostenida por garantizar la equidad se ha concretado en una adaptación a cada estudiante según sus necesidades, salvar la brecha digital y buscar creativamente alternativas. La acción tutorial con los estudiantes y sus familias ha sido clave. Se ha trabajado intensamente en el acompañamiento emocional y pastoral a los estudiantes y sus familias, pero entre los propios profesores y el resto del personal de los centros. Ha sido crucial la cohesión de la comunidad educativa, los claustros de profesores, las asociaciones de familias, los equipos directivos y la titularidad de los centros. Todo lo trabajado en las últimas décadas en cohesión e innovación ha ayudado a que la respuesta haya estado a la altura del desafío.

Colegios, institutos, universidades, centros de educación especial y todo tipo de centro de enseñanza, tienen un papel crucial en esa transformación personal de sus estudiantes y sus familias. Durante el confinamiento, los centros han mantenido en gran medida la actividad educativa en las distintas asignaturas. No obstante, la propia experiencia con la pandemia, la cuarentena y todo lo que la rodea, constituyen la mayor lección de vida que han recibido los niños y jóvenes, y posiblemente la más importante que vaya a vivir esta nueva generación. Los chicos han tenido una experiencia de muerte, han visto la solidaridad, han convivido intensamente con su familia en condiciones excepcionales, han tenido una experiencia de interioridad, han visto pensar sobre este hecho histórico desde las claves sanitarias, de bien público, ecológico, internacional, etc. Han contemplado otra escala de valores en la que en lo alto están quienes sirven en lo esencial, y no los famosos, *youtubers* o futbolistas.

40. Propuesta concreta. **La mayor lección.** Es preciso profundizar en todo lo que ha pasado para que se transforme en experiencia (que es no solamente que nos pasen cosas sino hacer algo valioso con lo que nos pasa) y esto se puede hacer en cada asignatura, desde las tutorías y desde la perspectiva de la educación integral. Sería importante que hubiera en cada centro un programa especial de reflexión y profundización durante el próximo curso, dentro de esta dimensión general de la reconstrucción personal que implica el redescubrimiento de lo esencial.

Además, las perspectivas a corto plazo están muy determinadas por las políticas educativas y en esa dinámica existe preocupación por una insuficiente participación de la comunidad educativa en la deliberación pública de las decisiones que se están tomando y que pueden poner en riesgo algunos valores fundamentales de la libertad y la equidad educativa con los que la Iglesia está firmemente comprometida.

41. Propuesta concreta. **Implementar un plan de formación para tutores** que acentúe la atención a las familias y contemple el apoyo y formación a las familias en estas circunstancias de educación a distancia.
42. Propuesta concreta. **Intensificar la incidencia pública** para que las decisiones públicas en materia de educación cuenten con una suficiente deliberación democrática y la participación plural de todos los sectores de la comunidad educativa.

J. En el terreno de los servicios sociales

El largo proceso de contrarreforma social ha generado que nuestro Estado de bienestar se caracterice por sus políticas obsoletas y los servicios “*low cost*”. Los procesos de desinversión, con una progresiva reducción del esfuerzo y la solidaridad fiscal, han generado un estancamiento de los pilares más fuertes del sistema, a saber: sanidad, educación y pensiones. La falta cada vez mayor de respaldo a estas políticas ha generado un incremento de la competencia entre actores. Los impactos que esta situación está generando empujan cada vez más al sistema, incluida la propia acción social de la Iglesia en sus diferentes versiones, hacia un mayor grado de asistencialización.

Ante la realidad social que tenemos delante, la asistencialización se vuelve, en buena medida, imprescindible para responder adecuadamente a las necesidades presentes y venideras. En ese sentido y para mantener y potenciar la calidad y la cualidad del importante campo de la acción social, hay varias actitudes y acciones que conviene tener en consideración. Las señalamos aquí con el ánimo de hacer una humilde contribución a la reflexión mucho más exhaustiva y profunda que sin duda habrá realizado el grupo encargado específicamente de los servicios sociales.

43. Propuesta concreta. **Forjar alianzas** tanto con agentes internos como con actores externos o no estrictamente vinculados a la Iglesia para cooperar. Se trata de activar nuestra capacidad de crecer, no tanto en el sentido de aumentar, sino de unificar o coordinar los esfuerzos de nuestras instituciones, asociaciones o espacios de trabajo. Debemos ser capaces de mantener la pluralidad de los carismas dentro de la Iglesia, pero con una mayor capacidad de competir en un espacio social donde el ánimo de lucro cada vez se hace más presente y el pequeño tamaño de muchas de nuestras iniciativas nos dificultan tener una mejor posición, tanto para trasladar nuestros valores como para mantener la presencia de nuestros carismas. Esto supone renuncias a protagonismos y marcas en aras a conseguir un objetivo superior.
44. Propuesta concreta. **Realizar una evaluación** de significatividad de la acción social de la diócesis. Nuestra acción debe presentar al menos los siguientes rasgos:
 - a) Testimonio, que sea capaz de enseñar los valores de construcción de un modelo alternativo;
 - b) que denuncie de forma propositiva, siendo una voz que propone;
 - c) referencia, que sea una invitación a que otros hagan;
 - d) austeridad, que refleje nuestro estilo de vida;
 - e) transparencia, que sea un compromiso evidente;
 - f) calidad, responder con coherencia y congruencia;
 - g) gratuidad, como un valor añadido;
 - h) todo ello dentro de una cultura de la participación y de la misión compartida, donde las responsabilidades se desarrollen colegiadamente y se genere el contexto propicio para acertar con el estilo y el papel que queremos que cumplan tanto la acción caritativa de nuestras comunidades como la solidaridad con las personas que colaboran con nosotros y que no son creyentes o no se encuentran vinculados a la Iglesia.
45. Propuesta concreta. **Ofrecer una respuesta** fácilmente reconocible y reproducible tanto en el día a día como en contextos de emergencia. Tenemos que ser capaces de ofrecer una respuesta de seguridad en nuestras parroquias y espacios de acogida y atención social, una respuesta reproducible fácilmente en cualquiera de nuestros lugares de presencia, una respuesta clara y reconocible por la comunidad en la que estemos encarnados. Debemos de ser capaces, ante situaciones de emergencia social, de tener preparada una respuesta coordinada y de sentido dentro de la Iglesia.

SOBRE EL MODO DE IMPULSAR ESTA GRAN RECONSTRUCCIÓN EN LA IGLESIA

El gran reto de la Reconstrucción es la profundidad y la gran revinculación, y la Iglesia debe vivir ese proceso en su propia comunidad. Es precisa una nueva y mayor participación del conjunto de laicos en la Iglesia y eso acaso requiere nuevos espacios y modos. Solo si esta reconstrucción es sentida y participada por el conjunto de la Iglesia tendrá significatividad y será asumida. El Congreso de Laicos celebrado a mitad de este mismo año 2020 nos invitaba a explorar esos nuevos modos y ahora ya es el momento.

46. **Espacio Diocesano para la Reconstrucción.** La propuesta es que para aprobar y guiar este plan de Reconstrucción se forme un espacio diocesano presidido por Don Carlos en el que haya una mayoritaria participación laical, plural en las diferentes sensibilidades, paritaria entre hombres y mujeres y con representación de las distintas edades, en donde las personas vulnerables tengan un significativo protagonismo.
47. **Congreso de Laicos 2021.** Además, proponemos que se celebre a comienzos del año 2021 un Congreso de Laicos de la Iglesia de Madrid, donde se aborde toda esta cuestión de la reconstrucción en clave transformadora y misionera.